

Reseña de libros

Sobre morir y sobre vivir en El Salvador

Walter, K. (2018). *La muerte violenta como realidad cotidiana: El Salvador, 1912-2016*. San Salvador: AccesArte. ISBN: 978-99961-303-1-1.

Carlos Iván Orellana¹

La violencia en El Salvador es uno de los fenómenos sociales que más tinta ha hecho correr en las últimas tres décadas. Es una musa horrenda con rasgos grotescos de la que, sin embargo, no se puede apartar la mirada ni negarle cada tanto algunas palabras. Tal vez así -pensamos- finalmente nos mostrará sus feos pero verdaderos rostros, lo que siempre entraña el riesgo -tememos- de reconocer el nuestro en los suyos. El libro del historiador Knut Walter (2018), *La muerte violenta como realidad cotidiana: El Salvador, 1912-2016*, que ahora reseño, se suma a este cortejo epistemológico en el que la violencia histórica en El Salvador funge como objeto de reflexión mientras de reojo nos permite ver al país como catalizador de su evolución y como proyecto de sociedad.

Los estudios sobre violencia extrema ineludiblemente nos dicen algo de la vida social que circunda y es producida por aquella. Este libro trata sobre una forma específica de morir, la muerte violenta, una *sobremuerte*, un desborde de vidas perdidas de forma brutal. Pero, por lo mismo, también se trata de una reflexión que expone configuraciones de vida social -individual, familiar, institucional, cultural- que se articulan alrededor de y debido a la muerte violenta, y esa forma de vida siempre al límite que constituye sobrevivir en un contexto inhóspito como

¹ Doctor en Ciencias Sociales. Investigador de la Universidad Don Bosco, Facultad de Ciencias Económicas. e-mail: ivan.orellana@udb.edu.sv

el salvadoreño. *En este país se muere y se sobremuere, se vive y se sobrevive*. A partir de la pregunta básica “¿por qué ha sido tan violenta la sociedad salvadoreña?” (p. 21), Walter realiza un recorrido por un siglo de la historia nacional donde el homicidio o la muerte violenta, en cuanto que actos “tipificados, perseguidos y castigados” por el Estado, es la protagonista.

Algunas características del texto en cuanto tal son destacables. El estilo de escritura facilita una lectura fluida y amena, cuestiones que cualquier estudioso de la violencia agradece, dado que escudriñar la violencia suele acompañarse de cierta ansiosa repulsión por salir cuanto antes del texto en estudio. Walter aclara delimitaciones conceptuales y emplea preguntas de investigación para avanzar su argumentación, gestos académicos que nos recuerdan que se arranca con compromisos y renunciaciones conceptuales y con dudas, pues lo que se cuenta más que *la* historia es en realidad una construcción histórica. Pero la construcción no implica fabulación. Es ensamble y contraste particular de datos, hechos, entrevistas y análisis de procesos cuya validez, cual concreto en proceso de secado, va ganando solidez conforme progresa la lectura. Tal entramado encuentra su sostén en la laboriosa columna vertebral de cifras compiladas y clasificadas a lo largo de un siglo -algo más que agradecer- que nos dicen que el todo resultante puede ser interpretado como el autor lo ha hecho. Por si fuera poco, cuando lo usual en nuestro medio es encontrar lecturas focalizadas sobre la violencia (e.g., la matanza del 32, la guerra, las pandillas), el libro apuesta por una mirada comprehensiva, de larga data, mientras aventura posibles pistas explicativas en cada momento histórico.

Por todo lo dicho -lectura amigable, pedagogía investigativa básica, amplitud expositiva y esfuerzo explicativo- el libro de Walter constituye una herramienta académica útil para “violentólogo/as”, neófitos/as y experimentados/as. Cabe considerarlo además como un libro idóneo para el estudio introductorio de la violencia y la muerte violenta en el país en el ámbito de la educación superior pero debería ser considerado para ser usado también en bachillerato.

El libro cuenta con cinco capítulos, además de su introducción, donde se exponen algunos de los aspectos recién mencionados. El primer capítulo, *El Estado y la violencia*, aborda la evolución de marcos normativos, tipificaciones y sanciones de delitos desde finales del siglo XIX hasta antes del inicio de la guerra. Las leyes y sus evoluciones toman cuerpo, literalmente, con la emergencia y caracterización de los “cuerpos de seguridad”, esos que permanecen en la memoria autoritaria salvadoreña hasta hoy (Patrullas cantonales, la Guardia Nacional, la Policía de Hacienda y la Policía Nacional). En ese período, desde entonces y también como hasta hoy, se reconoce la ineficacia generalizada del sistema judicial y el sistema carcelario.

Este capítulo parece conceder razón a la mutación de los estados punitivos modernos (Foucault, 2000) que progresivamente cambian el suplicio público por la pena privada (e.g., abolición de pena de muerte en el Código penal de 1997, simplificación terminológica de las penas, aumento de años de encarcelamiento). Asimismo, en claro cuestionamiento de la efectividad moderna aunque no de la punitividad del estado salvadoreño, en este primer capítulo se avizoran serias

fallas institucionales, problemas y dinámicas sociales que solo se cronificarán con el paso del tiempo (i.e., arbitrariedad de en la aplicación de la ley, impunidad, hacinamiento carcelario, visión moralista del transgresor, alcoholismo, vigilancia social, venganzas personales).

El capítulo 2, cuenta con un nombre inequívoco: *La violencia social: magnitudes, distribución, tendencias*. Es decir, la muerte codificada como cifra que oscila y se despliega en un espacio geográfico dado; en especial las tasas de homicidio en los 14 departamentos del país. Desde un punto de vista teórico y analítico, y a propósito de posibles intereses didácticos ulteriores, son importantes algunas de las precauciones y aclaraciones con las que Walter abre el capítulo: las cifras siempre conllevan un margen de error debido a la calidad de los registros disponibles y porque el objeto de estudio está supeditado a las definiciones que del mismo se tengan. Aunque la muerte violenta nos parezca una realidad dada inobjetable, como refiere Walter, en los primeros años del Anuario Estadístico la muerte accidental y la homicida se categorizan como muertes por “causa externa”. Entre 1920 y 1930 tal clasificación cambió a “muertes violentas” y es hasta el decenio de 1940 cuando se precisa y emplea la categoría “homicidio”, hasta ahora.

Con base en el Anuario Estadístico, Walter construye una fotografía de los homicidios acaecidos en el país durante tres períodos históricos: 1912-1949, 1950-1979 y 1992-2015 (p. 55). Mucho de la “intención” detrás de esta periodización reside en ofrecer escenarios históricos que pivotan en torno al decenio de 1950: antes de esta década se identifica un estado liberal poco inclinado a la inversión social, una población mayoritariamente rural y un modelo económico de corte agrícola. Después y hasta antes del inicio del conflicto armado, un estado desarrollista y procesos de urbanización. De 1992 en adelante (la guerra por sus propias peculiaridades no entra en este recorrido histórico), se describen las dinámicas y transformaciones socioeconómicas complejas que se precipitan entonces y que dibujan a El Salvador contemporáneo (i.e., remesas, migración, criminalidad, modelo económico neoliberal, etc.).

Comentar las variaciones de las tasas de homicidio acapararía la presente reseña; al lector del libro tocará su revisión en detalle. Prefiero destacar que el autor ofrece hipótesis y explicaciones generales pero convincentes sobre dichas evoluciones en los distintos momentos históricos (e.g., cambios en la actividad productiva, el papel de la autoridad del Estado, cambios demográficos, etc.) y cada uno de ellos se presta para una profundización específica y mayor.

En este amplio recuento de muertes violentas es posible rescatar cuatro estabilidades analíticas fundamentales del siglo analizado por Walter. Primero, que la tasa de homicidio *siempre* ha sido epidémica; segundo, los hombres *siempre* han sido quienes más matan y mueren; tercero, *siempre* han sido los jóvenes -y cada vez más jóvenes- y los adultos jóvenes las víctimas más frecuentes (las cuatro gráficas, entre la 3 y la 6, fotografían casi el mismo tipo de víctima durante décadas); cuarto, a propósito del protagonismo que comienzan a cobrar las armas de fuego desde 1970, cabe decir que *siempre* ha existido un proceso de diversificación e intensificación de la letalidad en el ejercicio de la violencia

(comparar cuadros 15 y 17).

Los capítulos 3 y 4, constituyen capítulos nominalmente gemelos, pero no idénticos. El capítulo 3, se intitula *La violencia social antes del conflicto armado: circunstancias y detonantes*, mientras que el cuarto, *La violencia social después del conflicto armado: circunstancias y detonantes*. El conflicto armado funge en la obra como un umbral cuyo tránsito, sin embargo, no impide la persistencia y la complejización de la violencia².

El capítulo 3 está situado en un contexto esencialmente rural. Identifica el enraizamiento profundo de la imbricación entre la justicia formal y la popular. Expone cómo la idiosincrasia, la impulsividad, el tribalismo o la restitución del honor masculino, coexisten y corroen la aplicación de las leyes vigentes. Entre otras razones porque los mismos aplicadores de las leyes también tienden a subvertir sus propios mandatos, en un bucle interminable de arbitrariedad y contingencia que resquebraja el estado de derecho. Este capítulo se articula a partir de la revisión -bastante amena por cierto- de casos judiciales donde resaltan el inmediatez volátil de la circunstancia y lo pintoresco de los detonantes: la muerte violenta está a la vuelta de la esquina debido a riñas, enemistades, pasiones desbordadas, pleitos por propiedades y por la intervención de la autoridad y hasta debido a la hipersensibilidad ante las bromas. El cóctel molotov social de las circunstancias enciende con la llama peculiar del actor constante en esta trama violenta: un hombre, pendenciero y proclive a sentirse ofendido (“de mecha corta” dirá Walter), con demasiada frecuencia borracho, que porta un arma (cortopunzante sobre todo, en este momento del recuento histórico). Las raíces de la violencia en el país son de poca monta, mundanas, pero raíces al fin, y en cuanto tales, condicionan a profundidad las interacciones consuetudinarias.

El capítulo cuatro, aborda las brasas que hoy nos calcinan luego de haber saltado del fuego de la guerra. Walter retrata El Salvador de posguerra a partir de la migración, la disponibilidad de armas de fuego, la pobreza aguda y la ausencia de políticas sociales, la urbanización acelerada y la depresión agrícola fruto del cambio de modelo económico. El país mira absorto como la refundación de una nueva institucionalidad no erradica la violencia, sino que, por el contrario, la metamorfosea para peor y la exacerba³. Se produce un desplazamiento del ámbito bélico-político al social, del rural al urbano, con las tensiones, desafíos y riesgos que eso conlleva para los jóvenes como las víctimas y victimarios de siempre. El

² Debido a que la violencia acompaña y condiciona la transición hacia la democracia en el país, en otra parte he sugerido que la violencia -al igual que la desigualdad y la exclusión- constituye un proceso paratransicional (Orellana, 2012).

³ Después del conflicto armado persistieron las rencillas de viejo cuño, pero sobre todo sus consecuencias más deletéreas. Según Dickson-Gómez (2002), población campesina que sufrió la guerra expresa padecer hoy de los “nervios”, mecanismos psicósomáticos difusos que transmiten intergeneracionalmente el trauma de la guerra. A través de “cosmovisiones traumatizadas” el conflicto pervive, se confirma lo “feo” de la vida, la maldad básica del vecino, así como, de manera importante, la tensión irresoluble entre el miedo a la violencia y la imposibilidad del uso de vías alternas a la misma. A juzgar por el presente que nos ocupa, muchas de estas manifestaciones no parecen ser exclusivas de la población campesina que sufrió la guerra.

trinomio juventud-marginalidad-pandillas recibe mucha atención en el capítulo y, a través del mismo, parecen actualizarse el honor, la masculinidad volátil y la trivialidad de la muerte (seguro también el consumo de sustancias, además del alcohol). Pero ahora con la letalidad amplificada que ofrecen las armas de fuego, la rivalidad pandilleril, los territorios controlados y la fantasmal presencia del crimen organizado. Las circunstancias y los detonantes han evolucionado también, como lo hace el lenguaje que les nombra: profesionalización de las pandillas, exclusión socioeconómica que dispara la búsqueda de “respeto personal”, innovación anómica, urbanización, narcotráfico, delincuencia “común” (es decir, múltiples agentes violentos sin rostro). Las cifras de la muerte violenta ahora son lapidarias, pues se constata que han muerto más personas que durante la guerra: parece que nunca hemos sabido cómo vivir al margen de una.

En el quinto y último capítulo del libro, las *conclusiones*, Walter sintetiza lo dicho a lo largo de 170 páginas atrás en cuatro dimensiones problemáticas que conectan el pasado con el presente: 1) *El Estado y la violencia*, sugiere que el Estado es ineficiente, punitivo y sin luces para implementar políticas preventivas; 2) *Juventud y violencia*, refiere quienes matan y mueren de forma violenta con mayor frecuencia debido a la ausencia de mecanismos de integración social efectivos y de oportunidades reales de desarrollo; 3) *Jerarquía social y violencia*, subraya la búsqueda de valía personal y ascenso social que parece encontrar en la violencia el medio primordial de conseguirlo; por último, 4) *El problema de la justicia*, concluye que la justicia no es monopolio del Estado (tampoco la violencia). La justicia del Estado coexiste con la de las personas y la de las comunidades (p. 184), un caos reconocible y generalizado que hace prevalecer la ley de más fuerte. Por todo lo dicho, la violencia deviene en poliédrica y no cabe esperar un fin súbito de la misma. De ahí que sea -y será- una realidad cotidiana.

El profundo enraizamiento histórico y la complejidad resultante de la violencia desafían el mejor de los esfuerzos de análisis del fenómeno. Más aún, si el análisis cubre una amplia ventana temporal y ofrece posibles explicaciones simultáneas en cada coyuntura histórica cubierta, como ocurre con el libro de Walter. Sucede que, si quien lee tiene cierto acervo de conocimiento sobre la violencia del país, es posible que el libro le deje la sensación de un repaso histórico sólido pero reconocible. Las numerosas explicaciones en cada coyuntura abordada llegan a incurrir en alguna divagación argumental (e.g., la condición de juventud) y en la fugacidad explicativa (e.g., exclusión, anomia, urbanización, transformaciones económicas). La apelación al carácter social masculino pendenciero, aunque innegable como rasgo cultural vigente, no resulta tan efectivo en términos explicativos al incrustarlo en la actualidad (ver pp. 152-154) como cuando se expone en el capítulo 3. Riesgos todos de difícil evasión, por otra parte, ante el análisis de un siglo entero donde ocurren demasiadas cosas y de forma muy rápida en el país, especialmente en los últimos 30 años.

El libro de Knut Walter, en suma, constituye un recurso y un logro valioso en términos didácticos e investigativos. Su disponibilidad gratuita, en formato físico como electrónico, y su respaldo editorial desde AccesArte como instancia de promoción de la cultura, además de poco común, es invaluable. Es un texto que nos sacude la modorra del acartonado informe que cada tanto se produce,

que instiga la conversación y las inquietudes de quienes intentamos pensar la violencia, a pesar de la férrea resistencia que ésta siempre opone.

Como investigador interesado en la violencia reafirmo a través de la lectura de este libro que la masculinidad en el país constituye, cuando menos, un problema de salud pública: la forma peculiar y hegemónica de configurarnos como hombres en el país entraña serios riesgos para la salud personal, la convivencia diaria y la supervivencia de los propios hombres en relación con los demás, hombres, pero mujeres y niños también. Cabe considerar que la combinación de ciertos tipos de masculinidad, nociones de honor asociadas a la consecución de poder y estatus, el consumo excesivo de alcohol y la violencia conforman un síndrome cultural que debe ser explorado con mayor profundidad⁴. Esto es otra forma de decir que a la investigación social en el país aún le faltan muchas más luces para penetrar en los entresijos del género como fenómeno social y para emplearlo con suficiencia como herramienta de análisis.

Concentrarse en el homicidio y la tasa como indicador de reducción estadística es inevitable como referente analítico. Pero a día de hoy, muchas formas de violencia escapan de nuestra medición y conocimiento: violencia vial; filio-parental (de hijos/as hacia sus padres y sus madres); las “puertas adentro” de la violencia doméstica; el mundo de las agencias de vigilancia privada; violencia hacia los animales; el papel del consumo de sustancias (especialmente el alcohol); crímenes de odio; los impactos de las violencias en diversas esferas de la salud mental de la sociedad; o el papel de la mujer en el ejercicio de la violencia, por mencionar algunas posibilidades. La pregunta que queda suspendida en el aire es la siguiente: ¿qué dimensiones -actores, espacios, expresiones, categorías, procesos- de la violencia estamos pasando por alto y qué discusiones sobre el fenómeno no están siendo propiciadas por la academia en la sociedad salvadoreña contemporánea?

El libro de Walter es un paso más para seguir conversando e interpelando a la violencia para que deleve sus facetas. Una última conclusión escalofriante entresaco del libro: *en el siglo analizado, conservadoramente, cerca de 220 mil salvadoreños y salvadoreñas habrían muerto de forma violenta en el país*⁵. En

⁴ Según el sitio worldlifeexpectancy.com, con base en datos de la OMS, El Salvador ocupa el primer lugar a nivel mundial por muertes por consumo de alcohol (tasa de 17.56/100,000 habitantes). La tasa nacional de muerte por consumo de alcohol supera la de Rusia y la tasa entre hombres en el país se dispara a 38.97/100,000 y la de mujeres baja a 1.02/100,000, lo que en los estándares del ranking en cuestión, sigue considerándose como una tasa alta. Por otra parte, durante 2018, las noticias han consignado varios episodios en los que policías hombres se han visto enfrascados en hechos de violencia (maltratos, suicidios, feminicidios) en los que convergen el consumo de alcohol y el uso temerario de armas de fuego.

⁵ Esta cifra aproximada surge de sumar las muertes violentas reportadas en el cuadro 7 (12,659; aquí incluyo las otras muertes violentas además de homicidios), el cuadro 9 (11,168), el cuadro 16 (23,976), el cuadro 22 (63,651), el cuadro 21 (27, 142) y la cifra de homicidios de 2017 del cuadro 27 (3,962). Estas suman 142,558 muertes violentas. A esto he añadido ese cálculo grueso y redondo de 75,000 víctimas del conflicto armado para arribar a una estimación de 217, 558 muertes violentas para el periodo de 1935-2017. Son datos que además podrían matizarse debido a los insalvables problemas de registro pero que en cualquier caso son imposibles de certificar a cabalidad. De fondo, se trata menos de la precisión del dato que de la aproximación a la catástrofe, de dimensionar la desproporción de muertes violentas que hasta el día de hoy sigue y suma sin indicios claros de detenerse.

última instancia, si la violencia se usa de forma indiscriminada en una sociedad es porque funciona⁶, porque constituye un medio eficaz para alcanzar fines deseados e imponer los propios intereses. Queda por escudriñar por qué ésta constituye el ecualizador social por excelencia en el país para recobrar o alcanzar respeto personal, justicia, seguridad o la mera subsistencia diaria, y qué nos dice la misma en la actualidad, al volver la vista atrás y dirigirla hacia el futuro, sobre la viabilidad de El Salvador como proyecto de sociedad.

Referencias

Foucault, M. (2000). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. (12a Ed.)*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

Dickson-Gómez, J. (2002). The Sound of Barking Dogs: Violence and Terror among Salvadoran Families in the Postwar. *Medical Anthropology Quarterly*, 16(4), 415-438.

Orellana, C. I. (2012). Exclusión, crisis del mundo del trabajo y precariedad. A vueltas con el tema de la ciudadanía. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 67(729), 229-258.

⁶ El carácter utilitario o funcional de la violencia no debe confundirse con las posibles consecuencias de su uso. Afirmar que la violencia sirve o funciona no excluye:

a) Que dicha funcionalidad se pueda revertir súbitamente en contra de quien la ejerce (e.g., el que a hierro mata, eventualmente a hierro puede morir) o que tal funcionalidad se pierda de manera eventual (e.g., al tomar distancia de una vida criminal, por mejoras en el acceso a la justicia y la seguridad que inhiban su uso).

b) Que sea posible llegar a experimentar arrepentimiento o temores futuros por haberla ejercido de forma episódica o recurrente (e.g., por culpa, porque se reconocen los daños causados a uno mismo o a los otros, porque se podrían heredar consecuencias diversas a seres queridos luego de una vida delictiva).